**DOMINGO DE RAMOS EN LA PASIÓN DEL SEÑOR**

**S.A.I. Catedral, 25 de marzo de 2018**

Hemos entrado ya en los días santos en los que conmemoramos el Misterio de nuestra salvación acontecido en la Pasión, muerte y resurrección del Señor. Acabamos de escuchar con profundo respeto y devoción el relato de la Pasión y muerte del Señor según el evangelio de San Marcos. Quiero fijarme sólo en la escena en la casa del sumo sacerdote donde el evangelista contrapone el interrogatorio que el sumo sacerdote hace a Jesús dentro de la casa y el que la criada y los servidores del palacio la hacen a Simón Pedro en el patio de la casa.

La pregunta para Jesús y para Pedro se puede resumir así: ¿Tú quién eres? Jesús responde con libertad y valentía: “Yo soy el Mesías, el Hijo del Bendito”. El Señor les anuncia su poder igual al de Dios Padre. Jesús no oculta su identidad aunque sabe que el declararse Hijo de Dios traerá como consecuencia la condena a muerte.

Por el contrario, Simón Pedro, el que se ofrecía como salvador de su amigo Jesús al concluir la última cena, se muestra ahora confundido por la situación que le sobrepasa. Con la cobardía propia de quien vive en la inseguridad, niega ser amigo de Jesús respondiendo con falsedad ante el interrogatorio de la portera: No sé de quién me hablas, no entiendo qué me dices, no lo conozco. Esta es la cobarde respuesta de Simón Pedro que traiciona su amistad con Jesús para salvarse y no ser apresado y condenado como el Señor.

Simón Pedro tiene, en principio, buena intención, desea ser libre, decir la verdad, defender a Jesús de los malhechores; pero no puede. Sus fuerzas flaquean. Es patente su debilidad y su cobardía. Y su cobardía le lleva irremediablemente a la mentira, a la falsedad, a la corrupción. Simón Pedro no sabe afrontar con libertad de espíritu aquel episodio y quiere liberarse de aquella situación utilizando sus propias fuerzas.

El evangelista san Marcos al presentar a su comunidad, mayoritariamente de fieles no judíos, la actitud cobarde de Pedro con respecto a Jesús quiere recordarles que sólo deben apoyarse en la fortaleza de Cristo como único salvador. No son nuestras fuerzas interiores, nuestra mente, nuestro espíritu el que nos salva sino Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. El verdadero discípulo pone su confianza plena en el Señor, el único que puede otorgarle el perdón de los pecados y darle una nueva vida, la vida eterna.

Pedro quiso salvar al Salvador, ponerse en su lugar y fue aplastado y humillado por el peso del pecado. También a nosotros nos puede pasar lo mismo cuando nuestra soberbia nos envalentona y vamos por la vida de arrogantes salvadores utilizando sólo nuestras propias fuerzas. El buen discípulo es aquel que acepta con humildad que sólo Dios lo salva y lo hizo entregando a su propio Hijo a la muerte y una muerte de Cruz. Si queremos ser fieles discípulos de Cristo confiemos en Jesús e imitemos sus virtudes. Desterremos de nosotros toda arrogancia que encubre nuestra cobardía y debilidad. Aceptemos la Salvación que Cristo nos ofrece desde la Cruz. La Congregación para la Doctrina de la fe acaba de recordarnos en una Nota que “Cristo es Salvador porque ha asumido nuestra humanidad integral y vivió una vida humana plena, en comunión con el Padre y con los hermanos. La salvación consiste en incorporarnos a su vida, recibiendo su Espíritu (cf. 1 *Jn* 4, 13)… Él es, al mismo tiempo, el Salvador y la Salvación”.

Los ramos que portamos como signo de victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte nos recordarán durante todo el año la Salvación que el Señor constantemente nos ofrece por medio de la fe y de la gracia que recibimos en los sacramentos. Aprovechemos estos días de Semana Santa para acercarnos al Señor, recibir su gracia y crecer en fe, en esperanza y en caridad. No seamos cobardes como Pedro que negó ser amigo del Señor.

Queridos cofrades: Que la penitencia y la fe que manifestáis públicamente con la cara tapada por el capirote lo hagáis también a cara descubierta en la familia, en el trabajo, con los amigos. Sed libres como Jesús y manifestad la verdad de los hijos de Dios que nos hace libres.

Imitemos a María y al discípulo amado que tuvieron la valentía de seguir a Jesús hasta el Calvario sin importarles las consecuencias que este acompañamiento tendría.

† Juan Antonio, obispo de Astorga